

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

William Faulkner

HA muerto William Faulkner a los sesenta y cuatro años de edad; es una edad intermedia, algo prematura para un premio Nobel, pero madura y cuajada para un campesino como era él. Decía Bernard Shaw que el premio Nobel es un salvavidas que le echan al naufrago cuando casi está llegando a la orilla. Durante una larga tradición, durante los primeros años de la concesión de este premio, según el criterio que había presidido su fundación eran galardonados con él escritores provecos, de larga ancianidad y de larga obra. Después, y a ritmo acelerado, tras la segunda guerra mundial, el premio Nobel ha sido un premio literario para lo que los libreros llamamos el servicio de novedad. A veces nos parece que es un premio Nadal de ese mercado común de las letras hecho de ráfagas mitad ideológicas y mitad comerciales. Lo cierto es que, de unos años a esta parte, recibir el premio Nobel podría suscitar presagios no muy gratos para el beneficiario. Dejando al margen el hecho de que Juan Ramón Jiménez muriera poco después del galardón, ya que su edad y su obra no desdecían de esa suprema corona de laurel y que merecía, por tanto, el monumento, nos hallamos con que Alberto Camus falleció poco después de haberlo recibido, a una edad todavía juvenil y por un accidente de carretera; Pasternak murió, tras la concesión del premio, cuando su fama en Occidente había tenido la velocidad astronómica de un cohete dirigido a la luna; Hemingway tuvo, como vulgarmente se dice, un accidente de caza, cuando preparaba una escopeta. Hoy muere Faulkner en la plenitud de la edad, a los sesenta y cuatro años, que es la edad en que lógicamente cabía esperar que había de empezar a escribir, desbrozando de su obra literaria y de su pluma la carga inútil de los resentimientos y la atmósfera enturbiada de la incertidumbre intelectual, para dar paso a la lógica, a la perifrasis y a todas las llanezas y transparencias del espíritu humano.

Será seguramente verdad que, como decía Shaw, el premio Nobel es un salvavidas que le echan al naufrago cuando ya llega a la orilla. Lo malo es que estos escritores que reciben el salvavidas no saben, en aquella circunstancia, dónde está la orilla. Ni el humanismo pretendido de Pasternak es un cierto humanismo, ni el existencialismo de Faulkner es un cierto existencialismo, ni el intelectualismo de Camus es un cierto intelectualismo, en el sentido riguroso de la palabra. Pero todos se mueren, por una u otra razón, cuando han recibido el salvavidas; incluso Hemingway, que se inventó la orilla —o el pedregal—, cuando menos lo esperábamos. No puede seguramente el premio Nobel sustraerse a su fundador, y al olor de la dinamita, y su ambición filosóficamente pacifista sigue constituyendo hombres y símbolos.

William Faulkner no era un escritor; era un artista nacido campesino, que manejaba la pluma como la azada, para herir la tierra. Que se me disculpe esta afirmación, porque no es mía; es del propio Faulkner. Con ocasión de haberle sido concedido el premio Nobel levantó sus hombros ante los periodistas que iban a entrevistarlo: «Y a mí qué me cuentan; yo soy agricultor.» Cuando le preguntaron qué es lo que pensaba hacer con el producto del premio respondió que iba a comprar aperos de labranza, esos aperos que, en los Estados Unidos, en lugar de la azada y el pico son los tractores, los motores de explosión, la refrigeración de las cuadras. Era un

campesino con todo el amor, el desasosiego, el pesimismo, la iracundia, la soledad y la desesperación de la tierra. Solo, cargado de tinieblas, desesperanzado, rico y triste, bebedor e irracional, se ha muerto al margen del binomio de Newton, de la Capilla Sixtina, de los hexámetros, del Decamerón, de la Ilíada, del Partenón griego y de las catedrales góticas. Se ha muerto al margen de la Cultura. Es un campesino del sur de los Estados Unidos de América, descendiente de una de esas gentes que fueron desde Europa a la tierra desconocida con solo la Biblia en las manos y que mantuvieron su existencia equidistante entre el furor y los buenos sentimientos, entre el puritanismo y los pecados capitales, entre la lujuria y el horizonte.

A esta generación de jóvenes bárbaros que los fabricantes de ebest-sellers del gran montaje editorial de nuestro tiempo han dado en llamar «gigantes» —o para decirlo con más propiedad «gigantes»—, les ocurrió un suceso trascendental en la vida. (Como nos ha ocurrido a nosotros, ¡os de aquí. Este suceso fue una guerra. A nosotros también nos ha ocurrido una guerra, la nuestra. Todos los hombres que escriben en esta época llevan una guerra dentro.) Los gigantes de la generación americana de grandes escritores —los que no habían nacido hasta aquel momento para pensar— tuvieron su ocasión definitiva en la gran guerra europea de 1914. Cuando esta guerra se produjo —ya que es una guerra que no estalló, sino que se produjo—, esta gente tenía la edad de tomar las armas. Y ellos llegaron a Europa cuando ya había ocurrido una mortandad enorme en el frente parado de la Europa seccionada. Los más ilustres camuflados de la historia estaban entonces encharcados, llenos de barro; los ríos paternos y caudalosos que par-

ten y unen a Europa con un sonido de violoncelo seguían discurrendo caudalosamente. Pero toda Europa —o por lo menos la Europa de Carlomagno— era un entresijo de trincheras y de trampas encanagadas, de tierra magullada y sombría y desarmada, desarticulada por la explosión de los obuses. Los soldados de la infantería europea ya estaban enfermos al llegar los jóvenes atletas del otro lado del Atlántico. Hay que meditar un poco en la impresión que ese viejo continente debió de causar a Hemingway, a Faulkner, a Dos Passos. Tenían una pluma para la terrible soledad de su país y de su tierra; lo que se llevaron otra vez a ella, con el barro europeo de sus botas, era la agonía de la cultura antigua; y esa experiencia suple a la más exigente y teórica universidad, sobre todo a los conocimientos platónicos de esas Universidades simplemente pedagógicas y morales que existen en los Estados Unidos de América, en los que el conocimiento es un saber libresco y puro.

Ese barro que se llevó Faulkner —y sus compañeros— en sus botas de soldado es la literatura de Faulkner y lo que esta tiene de trascendente y grande. Porque ante tanta sabiduría, lo que se exige es barro, pisada, sentido trágico de continuidad...

No gastó todo Faulkner en aperos de labranza. A raíz de la concesión que se le hizo del premio Nobel, volvió a Europa y pasó unos días recorriendo los parajes en los que había transcurrido su odisea humana. En Francia volvió al lugar de las trincheras. Los periódicos ilustrados nos dieron la imagen de un hombre sombrío y inmaduro asentado sobre la muerte de otros tiempos; una muerte que era la suya propia y que ahora ha venido a buscarle sin ninguna teatralidad.

La atmósfera, el clima y la estratosfera

No es la primera vez que oímos decir que el verano es más frío que el año; que hay borrascas intemperantes y que la temperatura hace lo que le da la gana; todo ello por el hecho de que unos científicos han dado con la fórmula de la desintegración atómica y unos políticos se dedican a impulsarla y ejercitarla en la estratosfera. Corre cada vez más la especie de que lo que ocurre con la meteorología es consecuencia de las cosquillas que les estamos haciendo a las estrellas.

La verdad es que no nos parece que el organismo del cosmos deba de responder a nuestra propia complejidad psicósomática. No creemos que deba reaccionar la atmósfera terrestre y aún lo que está más allá de ella con reactivos semejantes a los nuestros; si a nosotros no nos sienta bien una corriente de aire, porque la fórmula se haya olvidado de cerrar una ventana, puede no ocurrir igual a la escala termodinámica. Los señores que son capaces de inventar un artificio para que lleguemos pronto a la Luna no son capaces, según creemos, de provocar un resfriado colectivo, aunque sea por bandas, como empieza a pretender la voz popular.

La atmósfera está desquiciada y el verano tarda en llegar más de lo acostumbrado. Hace tres

semanas hacia un calor agobiante, y mientras escribo la temperatura es pasablemente otoñal. Pero todo esto no tiene nada que ver con la bomba atómica, con Cabo Canaveral ni con las islas del Pacífico.

Seguramente lo que ocurre es que tenemos en el día de hoy tantas facilidades para controlar lo que nos conviene que nos extraña que haya algo que escape a nuestro rigor estadístico. Los veranos y los inviernos han tenido siempre, desde que el mundo es mundo, un margen de libertad; y cuando no existía la bomba atómica nuestros abuelos ya se quejaban de que el verano había sido el más raro de la historia.

Yo recuerdo a mi padre, en la finca de Santa María, cuando preguntaba a los payeses algo relacionado con las perspectivas del tiempo que iba a hacer. Esos meteorólogos ancestrales —Una mano en la faja, otra en la mejilla, dubitativamente— pasaban de pronto la mano de su cintura al cogote, rascaban debajo de la gorra con vehemencia algún lugar de su cráneo y respondían: «Bien, parece que va a llover, pero puede que sea un poco de granizo, aunque si sopla viento de Levante, en fin, puede ocurrir que se despeje. De todos modos hará calor, aunque si quiere salir en el coche no estará de más que se lleve una manta...»

Ahora ocurre exactamente lo mismo, sin que en ello tenga la menor intervención la bomba atómica.